

Miguel de Unamuno

Andanzas y visiones españolas

Introducción de Luciano González Egado



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1988
Segunda edición, revisada: 2006
Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Santiago Rusiñol: *Patio interior*. Museo del monasterio de Montserrat (Barcelona).
© ACI / Bridgeman
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción: Luciano González Egido
© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-971-5
Depósito legal: M. 29.974-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción
- 53 Bibliografía

Andanzas y visiones españolas

- 59 Prólogo
- 61 Recuerdo de la Granja de Moreruela
- 67 De vuelta de la cumbre
- 76 El silencio de la cima
- 85 Ciudad, campo, paisajes y recuerdos
- 96 Hacia El Escorial
- 105 En El Escorial
- 116 Santiago de Compostela
- 127 Junto a las rías bajas de Galicia
- 138 León
- 147 En la quietud de la pequeña vieja ciudad
- 157 Por capitales de provincia
- 165 Las Hurdes
- 185 En la Peña de Francia
- 191 Salamanca
- 201 Coimbra
- 210 Frente a los negrillos
- 216 De Salamanca a Barcelona
- 228 En la calma de Mallorca
- 243 En la isla dorada

Índice

- 266 Los olivos de Valldemosa
- 273 La torre de Monterrey a la luz de la helada
- 280 Al pie del Maladeta
- 287 La frontera lingüística
- 294 Camino de Yuste
- 300 En Yuste
- 305 En Palencia
- 311 En Aguilar de Campoo
- 315 Frente a Ávila
- 319 Una obra de romanos
- 323 Paisaje teresiano
- 330 Extramuros de Ávila
- 334 Visiones rítmicas

Introducción

El campo es una metáfora.

Unamuno, 1911.

Aprender bien la lección del paisaje de nuestra tierra.

Unamuno, 1915.

*Si un paisaje es un estado de conciencia –lo dijo Byron–,
un estado de conciencia es también un paisaje.*

Unamuno, 1932.

Andanzas y visiones españolas, editado por primera vez en 1922, es el cuarto libro de paisajes que publicó Unamuno, después de *Paisajes* (1902), *De mi país* (1903) y *Por tierras de Portugal y de España* (1911). El profesor García Blanco recogió una nueva selección de paisajes unamunianos en 1944, con el sugestivo título de *Paisajes del alma*, a la que al reeditarla en 1966 en las *Obras completas* añadió nuevos textos. Pero con estas citas no se agotan los paisajes de Unamuno, que fue un asiduo cultivador del género, al que sirvió profusamente en su primera novela, *Paz en la guerra* (1897), tangencialmente en muchas de sus narraciones breves y muy intensamente en sus poesías, a las que llegaron con frecuencia sus acendrados paisajes de conciencia.

Como ya había hecho en las otras ocasiones, Unamuno recogió selectivamente en *Andanzas y visiones españolas* textos dados a conocer ya en revistas y periódicos, ordenados más o menos cronológicamente y con una cierta coherencia interna, fruto de la sucesiva proximidad de sus orígenes, pues todos los artículos recogidos en el libro fueron escritos entre el mes de junio de 1911 y el mes de marzo de 1922. La obra consta de un prólogo y treinta y un artículos, que se habían ido publicando, en su mayor parte, en *La Nación*, de Buenos Aires, y el resto en *El Imparcial*, de Madrid, menos uno que había aparecido en *Nuevo Mundo*, también de Madrid, y otro que estaba inédito. El prólogo lo escribió un largo año antes de cerrar la selección de textos, pues los últimos se publicaron después de haber fechado aquellas palabras preliminares del libro.

La obra no conoció un gran éxito de lectura, a pesar de ser ya por entonces, década de los veinte, Unamuno un escritor muy conocido y prestigioso, escandalosamente controvertido en política y ya casi un clásico en vida, que empezaba a rondar las candidaturas del Nobel. Probablemente, por el género del libro, de poca aceptación entre los escasos lectores españoles, reacios a las obras de viajes y a las descripciones paisajísticas sin más, *Andanzas y visiones españolas* no alcanzó la segunda edición, al igual que otros libros suyos, hasta siete años después, cuando fue incluido en las *Obras completas*, en tomos sueltos, que la editorial Renacimiento publicó en 1929, y no se volvió a reeditar hasta 1940, en que se inició su escalada editorial, en algunas ocasiones en compañía de su otro gran libro de paisajes, *Por tierras de Portugal y de España*.

La aceptación crítica fue, sin embargo, positiva desde el principio, aunque sin grandes excesos. En el mismo año de su publicación, García Mercadal, en *Informaciones*, de Madrid; Crespo Salazar, en *El Adelanto*, de Salamanca, y Candela Ortells en *El Mercantil*, de Valencia, llamaron la atención sobre el nuevo libro de Unamuno. García Mercadal escribía que «el paisaje de Unamuno no es obra de pintor, sino de historiador, de poeta y de filósofo» y añadía que «sus narraciones de viaje resultan algo muy personal, muy suyo, algo que no se encuentra en ninguno de los otros escasos libros de viajes que en España se publican», para concluir diciendo que el paisaje de Unamuno «está hecho de sugerencias y evocaciones, algo muy lleno de sustancia, como todo lo que Unamuno escribe. Es un paisaje que hace pensar, un mensaje de meditación, por donde sus libros de viaje tienen no poco de obras de filosofía». Estas palabras establecieron los puntos básicos sobre los que continuarían las reflexiones y los estudios posteriores dedicados a los paisajes unamunianos: no son descripciones pictóricas, sino interpretaciones personales con anclajes en la historia, en la poesía y en la filosofía, de tal manera que sus paisajes se pueden considerar verdaderos ensayos filosóficos.

Poco después, Joaquín de Zuazagoitia, en Bilbao, y Azorín, en Madrid, insistieron en la misma elogiosa valoración. Azorín, bastante escueto en su referencia, escribió que «el paisaje de Unamuno se halla impregnado de espiritualidad. Casi no son paisajes, casi no vemos lo que pretende pintar el autor. Vemos el corolario moral, místico muchas veces, que el autor hace apoyándose en las ciudades, en los bosques, en las montañas». Posteriormente, la

crítica y los investigadores le han dedicado a este libro una creciente admiración y lo han incluido, junto a sus otros libros del género, entre los signos más evidentes para conocer mejor su imagen literaria. Marianne Cardis le dedicó al paisaje de Unamuno su tesis doctoral en la Universidad de Leeds en 1950 y desde entonces son numerosas las tesis e investigaciones universitarias dedicadas al tema, tanto en Europa como en América, como puede comprobarse en la bibliografía adjunta.

Historia del libro

El libro está formado, como decíamos, por una selección de artículos de periódico, en los que recogía sus experiencias, interiores y exteriores, de las excursiones que, en compañía de sus amigos, a algunos de los cuales está dedicada la obra, acostumbraba a realizar tan pronto y tantas veces como sus deberes profesionales de catedrático de Universidad se lo permitían. Su obsesión por el campo, por el aire libre y los espacios abiertos, que algunos han relacionado con los consejos médicos que, en su adolescencia, le incitaron a dar grandes paseos con el fin de corregir las debilidades de su organismo, fue permanente a lo largo de su vida y, como él mismo confesaba en 1909, siempre estaba dispuesto a abandonar la ciudad y largarse al campo: «En cuanto dispongo de unos días de vacaciones –menos, ¡ay!, muchas veces de los que me harían falta– me echo al campo, a restregar mi vista en frescor de verdura y en aire libre mi pecho» (*Por tierras de Portugal y de España*). Y, en 1911, insistió en la misma confidencia: «Durante

el verano y en las siempre breves vacaciones de que durante el curso puedo gozar, salgo a hacer repuesto de paisaje, a almacenar en mi magín y en mi corazón visiones de llanura, de sierra o de marina, para irme luego de ellas nutriendo en mi retiro» (*Andanzas y visiones españolas*). Y, al año siguiente, concretaría estas declaraciones generales en un proyecto inmediato: «Vacaciones de Semana Santa. Siete días de asueto. A correr y ver tierras; a orear los pulmones, la vista y el ánimo, a seguir conociendo España, abrazando su cuerpo» (ídem). Y, en 1916, al iniciar sus impresiones y reflexiones sobre la isla de Mallorca, indica las circunstancias de su viaje: «Apenas terminadas las tareas del curso, me vine a esta bendita tierra» (ídem).

Son, pues, sus libros de paisajes notas de viaje de un profesor en vacaciones, con todos los condicionamientos que estas circunstancias imponen. Su situación ociosa, su inquietud de viajero y sus necesidades espirituales determinaron el origen de los textos de este libro, que fue creciendo poco a poco, a merced de sus excursiones y de los compromisos adquiridos con los periódicos en los que colaboraba, impulsado en gran parte por sus apuros económicos de padre de familia numerosa, sobre todo con *La Nación*, de Buenos Aires, desde que Rubén Darío le invitara en 1900 a colaborar en este periódico regularmente. Estos artículos, como los de *Por tierras de Portugal y de España*, nacidos sin voluntad expresa de formar una obra, constituyen como el diario de sus excursiones y viajes por la plural España; son como notas autobiográficas, por las que conocemos el itinerario de sus vacaciones, sus preferencias paisajísticas y podemos comprobar la situación de sus ideas y de sus humores en cada uno de los momentos germinales de estos

textos. Son apuntes más bien, sin excesiva preocupación formal o al menos sin la tensión formal de sus ensayos, de sus novelas, de sus obras de teatro o de sus poesías; estos textos, muchas veces, están escritos a vuelapluma, por la proximidad temporal de las experiencias transmitidas, lo que nos permite seguir el nacimiento orgánico de sus ideas, desarrolladas ovíparamente, como él solía decir, por la lógica vital de sus connotaciones y resonancias personales.

Y así nació este libro¹. La primavera del año 1911 había sido angustiosa para Unamuno, acongojado por recurrentes insomnios, presa de la hipertensión arterial y aterrado por el estado de su corazón; la obsesión de la muerte se le agudiza por entonces y en el mes de mayo escribe varios sonetos, escritos «en horas de insomnio». Con estas preocupaciones, Unamuno viajó, en el mes de abril, a la provincia de Zamora y en coche se trasladó desde Benavente a la Granja de Moreruela; de esta excursión se trajo la visión del viejo monasterio derruido de la Orden del Cister, con la que el libro se abre y en la que vació sus esperanzas de paz y sus temores de muerte. Después, aquel mismo verano, se llegó hasta la Sierra de Gredos, una de sus devociones metafóricas más intensamente vividas, a la que dedicó entonces, en paralelo con el texto de este libro en el que describe sus impresiones de la cumbre, un poema impresionante. En ese mismo viaje se pasó por el pueblecito de Becedas, en la provincia de Ávila, recordatorio teresiano, que le inspiraría su más personal teoría del paisaje, que también incluyó en

1. Las referencias biográficas que se citan a continuación están tomadas del libro *Vida de don Miguel*, de Emilio Salcedo, ed. Anaya, 2.^a ed., 1970.

este libro. Y todavía tuvo tiempo, aquel verano ajetreado y angustioso, de subir a la Peña de Francia, en Salamanca, otro de los altares de su frecuente culto metafórico al paisaje. De este periplo veraniego se sacó tres artículos, que completaría con un paréntesis ciudadano, escrito en octubre, ya de vuelta a la ciudad, en el que, como resumen de sus experiencias estivales por pueblos y montañas, hizo una comparación entre la ciudad y el campo, con lo que se cierra este primer grupo de artículos, correspondientes al verano de 1911. Esta fórmula de alternar paisajes con reflexiones ciudadanas posteriores se repetirá varias veces a lo largo del libro, como si obedeciera a una expresa voluntad del autor o como si quisiera respetar en la selección de los textos la misma ovípara forma de su nacimiento.

El segundo grupo de artículos está compuesto por sus visiones viajeras de las vacaciones de Semana Santa de 1912, que le llevaron hasta El Escorial, donde llegó el día de Viernes Santo, después de haber recorrido los días anteriores Medina del Campo, Olmedo, donde asistió a la procesión de Jueves Santo, y Arévalo, donde quedó impresionado por el viejo cementerio en ruinas, al que dedicaría uno de sus poemas más escalofriantes, «En un cementerio de lugar castellano», aquel que comienza: «Corral de muertos...», al que también aludiría, de forma igualmente patética, en el artículo que le inspiró esta excursión: «las ruinas de la muerte, las ruinas de la ruina» (p. 102)². En estas cortas vacaciones cosechó dos artícu-

2. Las citas de *Andanzas y visiones españolas* se hacen sobre la paginación de esta edición del libro; el resto de las citas, por la ed. de O. C., Escelicer, 1966.

los, «Hacia El Escorial» y «En El Escorial». El tercer grupo está formado por otros dos artículos que se trajo de Galicia, adonde viajó en el verano del 1912, «Santiago de Compostela» y «Junto a las rías bajas de Galicia», aprovechando su actuación como mantenedor de los Juegos Florales de Pontevedra, en el mes de agosto.

Otro grupo de artículos podría formarse con los escritos en el año 1913: uno dedicado a la ciudad de León, dos reflexiones sobre los signos y los valores de la vida provinciana, que tanto había defendido y defendería siempre, y cuatro textos sobre la región de Las Hurdes, entre Salamanca y Cáceres, en los que relata una larga excursión que por aquellos andurriales hizo aquel verano, en compañía de dos entrañables amigos franceses, Jacques Chevalier y Maurice Legendre. Y volvió a subir a la Peña de Francia, que era uno de sus santuarios metafóricos preferidos y cuya ascensión era una especie de viaje iniciático para su imaginación creadora. Aquella primavera del año 13 había vuelto a traerle aprensiones e insomnios y llegó al verano cansado y deprimido, hasta tal punto que siente desfallecer su inspiración y se enfrenta horrorizado al vacío de la creación, después de haber terminado su *Sentimiento trágico de la vida*. Pero su trabajo siguió, sin que sus paisajes se resintieran, sus artículos sobre Las Hurdes, que publicó en *El Imparcial*, sus reflexiones ciudadanas sobre «La quietud de la pequeña vieja ciudad» y «Por capitales de provincia» y su artículo sobre «La Peña de Francia», adonde subió «para descansar de las visiones de miserias de los barrancos hurdanos, para digerirlas más bien» (p. 185), contradicen sus temores de agotamiento intelectual, contradi-

chos también por el poema que empieza a escribir por entonces sobre *El Cristo de Velázquez* y poco después por las primeras páginas de *Niebla*.

En la primavera de 1914 le dedicó a la ciudad de Salamanca, el permanente objeto de su contemplación, hacia la que no tenía que viajar para verla y para recubrirla de metáforas, un obligado artículo, en el que describe el itinerario interior de sus experiencias cotidianas frente al paisaje salmantino, al que antes y después tantas visiones dedicaría; lo llamó directamente «Salamanca», que era la metáfora más luminosa, más densa y más completa de su rico repertorio³; era un artículo que, en cierto modo, continuaba y ampliaba el final del artículo consagrado a exaltar las virtudes de las pequeñas viejas ciudades, que había escrito el año anterior para defender su querido rincón salmantino, cuando arreciaban las tentaciones para trasladarse a Madrid. Aquel verano se fue con su familia a Figueira da Foz y allí fechó el artículo que le dedicó a «Coimbra», la gemela portuguesa universitaria de Salamanca. Mientras tanto había estallado la Gran Guerra y una oscura maquinación de mafiosos, políticos e intelectuales había decidido su destitución del rectorado de la Universidad de Salamanca, que ocupaba desde hacía catorce años. A la vuelta de aquel veraneo, Unamuno conocería su cese como rector, que cambiaría su vida, alteraría sus preocupaciones inmediatas y le llevaría al desierto, sin que, no obstante, cambiase ni lo más mínimo su relación con los paisajes de su vida, como la aproxi-

3. Vid. Luciano G. Egido, *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*, Ed. Universidad de Salamanca, 1983.

madamente segunda mitad de *Andanzas y visiones españolas* confirma, si bien aumentarían las lecturas políticas de sus paisajes de siempre y sus textos traducirían con evidencia su lucha antimonárquica.

El grupo formado por los artículos del año 1915 se inicia con una visión del paisaje urbano, descubierto desde su nueva casa, en la calle de Bordadores, donde se instaló cuando fue expulsado de la casa rectoral; era el paisaje vegetal de los negrillos de Las Úrsulas, entre las piedras renacentistas de Salamanca, que renueva su esperanza espiritual en medio de la tragedia de la guerra europea y de los malos signos de la vida española de aquel tiempo, y que le sirve de nuevo de paréntesis ciudadano entre sus excursiones por las tierras de España, a las que vuelve en el verano del 1916 con su viaje a Mallorca. Pero antes de llegarse a las Baleares, pasa por Aragón sin detenerse, lo que le hace reflexionar sobre su desatención a esta tierra, y está un día en Barcelona, con el tiempo justo para visitar su catedral y conocer el Institut d'Estudis Catalans. Este viaje le permitió escribir seis artículos, que forman otro grupo dentro del libro y que están dedicados casi todos a la isla de Mallorca, a sus bellezas y a sus habitantes, así como a los fantasmas culturales que la habitan, Ramón Llull, Chopin y Jorge Sand y Rubén Darío. Y después volvió a Salamanca, para asomarse, remansadas sus incitaciones viajeras, en el otoño gélido de noviembre, a las metáforas de la Torre de Monterrey, vista a la luz de la helada.

En el año 17, lleno de protestas, manifestaciones, la huelga general y la aceptación gubernamental de las Juntas Militares de Defensa con la primera propuesta

de dictadura, además de su viaje a Italia, no hay paisajes unamunianos. Pero en el verano del 18 se reanudan los paisajes de Unamuno, con motivo de un viaje a los Pirineos y a Valencia, del que se trajo sendas visiones, entre poéticas, históricas y lingüísticas, con algo de política dentro, que escribe en febrero del año 19. En los Carnavales del año 20 viajó por Extremadura y estuvo en Yuste, después de haber pasado por Plasencia y la región de la Vera, escribiendo dos artículos sobre aquella corta excursión. En noviembre de aquel año escribe el prólogo a esta colección de textos, a la que bautiza con el nombre de *Andanzas y visiones españolas*; pero no con ello cierra el libro, al que todavía le añade cinco paisajes más, de los cuales cuatro están fuertemente politizados, como expresión del Unamuno que por aquellos años asume cada vez más la tentación de la política inmediata. Estos artículos añadidos fueron el producto de sus excursiones a Palencia y a Aguilar de Campoo, en el verano del 21, y a Ávila y Segovia, en octubre del mismo año, y otra a Ávila al año siguiente, con la que se cierra el libro. El quinto artículo es el que cuenta su excursión del año 1911 a Becedas y que probablemente escribió entonces, aunque quedó inédito hasta su inclusión en este libro.

Los paisajes y el paisaje de Unamuno

Los paisajes, como género literario, constituyen una parcela de la obra de Unamuno, a la que concedía gran atención, a juzgar por la asiduidad y la intensidad con

que se entregó a la tarea de escribirlos. Desde muy temprano, en su época mimética de exploración y aprendizaje, con su costumbrismo localista y sus primeros experimentos verbales, la descripción de paisajes fue una de las constantes de su incipiente quehacer literario; algunos de estos textos primerizos los recogería después en un libro que tituló *De mi país* (1903), en el que incluyó artículos, entre la historia, el costumbrismo y el paisaje, escritos entre 1885 y 1900. Más tarde, en su primera novela, de larga elaboración por aquellos años del fin del siglo, *Paz en la guerra* (1897), todavía inciertamente unamuniana, los paisajes, al modo de la novela tradicional, cuya fórmula sigue fielmente Unamuno, llenaban una buena parte de sus páginas, dependientes del historicismo decimonónico y ancladas en los clichés del género, que, no obstante, sobre todo en los últimos capítulos, hacían ya presentir los verdaderos paisajes unamunianos, densamente metafóricos y meras disculpas para expresar sus ideas.

Su preocupación por el paisaje hay que situarla dentro de su atención a la tierra y a la historia de España, que sería la misma de los escritores de la llamada generación del 98, de la que Unamuno, con Ganivet, sería su antecesor o su primer hombre en el tiempo. En los ensayos que forman su libro *En torno al casticismo* (1902), publicados en 1895, aparece ya el paisaje castellano de la monotonía cromática y las encinas centenarias de la meseta, tal y como lo repetiría a lo largo de toda su obra después del descubrimiento de la realidad de Castilla, con su instalación en Salamanca en 1891, y de su positivista aceptación de la influencia del ambiente físico sobre la constitución

espiritual de los hombres. Y paralelamente en su poesía aparecían los paisajes, abiertamente metaforizados y muchas veces originados en la misma experiencia de la que habían nacido sus paisajes en prosa, como el conocido caso del poema «En un cementerio de lugar castellano», 1912, o sus convergentes visiones, en prosa y en verso, de Gredos, 1911, o las concomitancias entre el paisaje de «La Flecha», de 1898, y la «Oda a Salamanca», 1905⁴.

Pero, al mismo tiempo, impulsado probablemente por esa necesidad que llevó a la gente del 98 a descubrir e interpretar la realidad española, el ser de España, Unamuno había ido cultivando unos paisajes aislados, justificados por sí mismos, muy lejos de la fotografía impresionista y del preciosismo verbal. Fueron los textos que, seleccionados, recogería en su primer libro del género, *Paisajes* (1902), sobre experiencias salmantinas, donde todavía mezclaba los últimos restos de su primera manera de hacer con los primeros intentos de su forma definitiva. A partir de ese momento, su creación de paisajes se independiza, alentada por sus compromisos periodísticos, sin tener que acudir a la coartada costumbrista, al apoyo narrativo o al contexto especulativo. Son los textos que incluirá en *Por tierras de Portugal y de España* (1911), donde recogía paisajes vividos y escritos entre 1903 y 1909. Por aquellos años de principios de siglo, eliminados voluntariamente los paisajes de sus novelas –en *Amor y pedagogía* (1902) ya no aparecen–, sus paisajes adquieren un valor propio en su obra. Esta espectacular elimina-

4. Vid. Luciano G. Egidio, «La presencia de fray Luis en la “Oda a Salamanca”», *CCMU*, núms. XXVII-XXVIII, Salamanca, 1983.

ción de los paisajes de sus novelas, que obedecía a su fórmula personal del género, para darles «la mayor intensidad y el mayor carácter dramático posibles»⁵, alienta y favorece el cultivo del paisaje.

Después de *Por tierras de Portugal y de España*, Unamuno volvió a recoger más paisajes suyos en *Andanzas y visiones españolas*, donde confirmó su gran experiencia paisajística, confesando su conocimiento directo de la mayor parte de los paisajes españoles: «He recorrido casi toda España, he visitado treinta de las cuarenta y nueve capitales de sus provincias y muchas otras ciudades y villas» (p. 218). Sin embargo, no todo el territorio español mereció la misma atención de su voracidad paisajística. A merced de sus viajes profesionales, de sus veraneos o de su destierro, fue descubriendo los múltiples paisajes de la plural España; pero hay que señalar que sus preferencias paisajísticas se centraron en el paisaje castellano, de una amplia Castilla que coincidía aproximadamente con la meseta geográfica; se trataba de un contorno peninsular muy concreto, que le ofrecía unos materiales metafóricos muy densamente sentidos por él.

Sus paisajes están llenos de esa realidad castellana, que tan bien servía a su necesidad de metaforización del mundo que le rodeaba. Escribió, naturalmente, de su país vasco, sobre todo al principio de su vida de escritor, de Galicia, de Extremadura y de las islas Baleares y Canarias; escribió también sobre la montaña de Santander, sobre Madrid, más bien en su vejez y al aire de sus en-

5. Prólogo de *Andanzas y visiones españolas*, p. 60.

cuentros con la capital, como diputado de la República, y sobre Barcelona; algo de Alicante y Valencia y mucho de Portugal. Pero su paisaje, por antonomasia, el que verdaderamente puede llamarse unamuniano, el que le expresaba a él expresando el paisaje, era el de las tierras y los pueblos de Castilla, tanto en su versión montañosa, granítica y altiva, como en su versión llanura, monótona e infinita, que, como él dijo, era también cumbre. Y sobre todo el paisaje urbano de las viejas ciudades y pueblos castellanos, recordatorio y metáfora de la eternidad que le obsesionaba y de otras metáforas. Por supuesto, Salamanca, englobada en una Castilla que ni lingüísticamente, ni históricamente, ni geográficamente le correspondía, y también Ávila, El Escorial, Palencia, Zamora, León, Brianzuelo de la Sierra, Aguilar de Campoo, Becedas, Segovia, Paradilla del Alcor, Medina del Campo, Olmedo, Arévalo, Tordesillas, Pedraza de la Sierra, Palenzuela, etc. De los treinta y un paisajes de *Andanzas y visiones españolas*, veintidós pueden relacionarse con esa realidad castellana que le obsesionaba como una fijación infantil.

Unamuno había descubierto este paisaje cuando el azar de unas oposiciones a cátedra de lengua y literatura griegas le llevó a vivir en Salamanca; desde entonces aquel paisaje, al que antes había rechazado violentamente, se incorporó a su vida y a su obra, tan indisolublemente unidas entre sí en un autor tan autobiográfico como él. Se ha repetido que el encuentro con Castilla fue determinante para Unamuno y que de este encuentro, apoyado inicialmente en el paisaje, nacería el sentido de su obra. Pero este encuentro y la permeabilidad unamu-

niana ante lo encontrado establecen el proceso de una dialéctica de la mirada que halla lo que busca y busca lo que halla. Su cambio ideológico, favorecido por su contacto con la recién descubierta realidad castellana, del que son testimonios los ensayos de *En torno al casticismo*, había tenido un importante estímulo en aquel paisaje, que había encontrado a su llegada a Salamanca. Es difícil establecer las fases del proceso, más bien mutación brusca, que le llevaron a identificarse y a sentir intensamente ese paisaje árido, monocorde, ilimitado y ascético, humanizado a fuerza de metáforas, que pondría en evidencia una especie de «afinidad electiva», que conjugaría el azar del encuentro a la necesidad del descubrimiento. En este sentido, es significativo que el primer testimonio de su nueva actitud ante el paisaje de Castilla sea de 1895, precisamente cuando elabora su teoría de la intrahistoria.

No se trata, por tanto, de que Unamuno nos cuente los paisajes que le gustan, ni siquiera los paisajes que le conmueven, sino que nos comunique los paisajes que le expresan. Es sorprendente, por ejemplo, la ausencia de paisajes andaluces en su obra, lo que no indica que no le gustaran o que no le conmovieran; hay un testimonio que lo confirma. En 1911, a la vuelta de su ascensión a Gredos, escribió un texto, en el que delimita exactamente el sentimiento del paisaje frente al significado del paisaje:

Algunos relatos de viajes y excursiones llevo escritos ya, pero he de dejar tal vez en el silencio en que los recogí los sentimientos más hondos que de esas escapadas a la liber-

tad del campo he logrado. No he escrito ni creo escribiré jamás mis impresiones de Granada, y en Granada pasé una de mis quincenas más repletas de vida. Mientras viva reposará en el lecho de mi alma, por debajo de la corriente de las impresiones huideras, aquella santa caída de tarde que a principios del dulce mes de septiembre gocé en el Albai-cín, todo blanco de recuerdos. Fue un como baño en algo etéreo. Las lágrimas me subían a los ojos y no eran lágrimas de pesar ni de alegría; éranlo de plenitud de vida silenciosa y oculta (p. 68).

Es decir, que para Unamuno el paisaje no es bello, ni conmovedor, es únicamente expresivo, busca en su paisaje todo lo que exprese algo de lo que él lleva dentro. La roca será la eternidad; la encina, la resistencia; la llanura, el infinito; la piedra tallada de los monumentos, la garantía de la inmortalidad; el silencio de las viejas ciudades, la confirmación de la intrahistoria; las cumbres montañosas, la serenidad y la libertad; los pueblos perdidos, el ascetismo de la vida. No tendrá ojos más que para lo que quiere ver y no quiere ver más que lo que lleva dentro, lo que le preocupa, lo que determina sus angustias. La realidad exterior, en el colmo del idealismo, no hará más que confirmar la realidad interior. Todo lo que previamente no ponga Unamuno en el paisaje, no está en el paisaje; lo que nos permite afirmar que Unamuno crea sus paisajes, los elabora desde dentro. El paisaje de Unamuno es él y *Andanzas y visiones españolas* es otro libro más de sus memorias, otra autobiografía más, otra confesión que añadir a sus perpetuas confesiones.